

LO QUE HAY DEBAJO DE UN "CIELO CAIDO"

Emilio A. Belaval

12/88
mgm

El cuerpo es un viejo camarada que camina silenciosamente a nuestro lado, con los ojos bajos, con esa modestia patética que sabe ^{lucir} ~~hacer~~ aquel que todo lo ha perdido. Casi siempre pretendemos olvidarnos de él. Yo conozco infinidad de personas insatisfechas con el cuerpo que les tocó ^{en} ~~la~~ suerte. Todas sueñan tener un cuerpo distinto, mas alto o mas bajo, mas flaco o mas gordo, más ágil o mas ceremonioso, pero distinto. Algunas veces me ha preguntado la razón de este encono contra esta percha altruista condenado a tolerar toda la insolencia, la extravagancia, la locura de nuestro sentir y pensar.

Del helenismo, fuente innumera de la mayor parte de nuestras aberraciones físicas, heredamos esta mitología del bello cuerpo. Haber pretendido que el cuerpo humano responda a ciertas configuraciones de la estatuaria mitológica se me antoja una de las mas escalofrantes injusticias consumadas contra el hombre. El dios de poderosos omoplatos y barba cuadrada, el héroe de los trabajos extrahumanos, el atleta aprisionado dentro de sus músculos como en una red ^{de alambre} suplieron las primeras imágenes críticas de nuestro actual corporalismo. Si se examina este grupo de aspiraciones con cierta melancolía ~~ética~~, descubrimos que todas son imágenes propias de la decadencia de una civilización además de una inutilidad aterradora. Basta una pequeña distorsión, un modesto cambio de ángulo, cualquier relajamiento de las tensiones, para que toda esa humanidad escultórica penetre en el mundo de lo inanimado.

El cristianismo logró reivindicar al cuerpo humano de la deshonesta exposición a que lo tuvo sometido el naturalismo griego. Todas las simbologías cristianas sobre el cuerpo tienen largo ropaje. Lo que heredamos del cristianismo fué el sentido eucarístico del cuerpo. El cuerpo humano es una larga planta del misterio creacional. Gracias a su cuerpo, el hombre se ve obligado a regresar

flauta

mortifi-

a la naturaleza, mas puede ascender hasta lo infinito a través de la ~~mortifi-~~ cación del cuerpo. En esta noble tradición eucarística hemos crecido los pueblos de origen latino. Tenemos menos atletas pero mejor contextura bíblica para el martirologio.

El pequeño burgo, metido en compromiso como lo estaba con el racionalismo, soñó con una metrona de carne de garrón y un hombre con pata de mula. Del racionalismo hemos aprendido, que el cuerpo humano no tiene instinto ludico ni sentido religioso, sino un destino francamente utilitario. La tecnología industrial empieza a cavilar, si en realidad de verdad, el cuerpo humano tiene otro valor que no sea el de simple mantenedor del ocio.

Dentro de este complejo juego de afectos e intereses, no es difícil comprender cuanto ha tenido que ~~sufir~~ ^{sufir} este auténtico proletario de la doble vida, de la bella vida, de la vida útil que resulta ser el cuerpo humano. El alma siempre se las compone para salir bien con la poesía. El espíritu todavía tiene galas con que ~~alucinar~~ ^{alucinar} al incauto colonizador de la ~~infinitud~~ ^{infinitud}. Pero el cuerpo es el único material humano que se va quedando sin ~~provenir~~ ^{provenir}. Su quineado dentro de la tragedia tiene que seguir viviendo de su propia individualidad, sin mas atmósfera que la que le crea su figura indeclinable. Hoy se sabe superado en su destreza atlética por el argonauta del espacio, superado en su traslado místico por el intelectualismo puro, sin fortaleza para ~~competir~~ ^{competir} con la máquina. Cada día está mas ~~miop~~ ^{miop}, mas sordo, con peor memoria, con menos destreza para evadirse de la escala animal.

El cuerpo humano es un antiquísimo vástago de la penumbra. Tan pronto se le muestra a plena luz, se convierte en un espectro. Pues bien, la luz eléctrica, una luz trasladada de las entrañas lívidas del terror natural, lo invade por todas partes, mantiene toda la intimidad humana iluminada por el fuego pagano de un dios mercenario.

Este diálogo de los cuerpos que se van quedando sin porvenir, constituye el trágico asunto de "Cielo Caído". No he podido establecer un porvenir más claro para el bello cuerpo que el que tiene el cuerpo opaco. La índole ~~es~~ ^{cataclísmica} ~~es~~ del asunto no me lo ha permitido. A la hora de entrar en esa luz ingobernable del cataclismo celeste, todos resultan vagas formas espectrales de la eucarística. En la colectivización utilitaria de la gracia corporal no hay cuerpos bellos ni cuerpos feos. Hay cuerpos aprovechables y cuerpos desechables. Por eso dice la protagonista de la obra que el cuerpo humano no es otra cosa que una percha incómoda que alguien nos ha prestado para colgar en ^{la} nuestra desesperanza. Yo creo que la obra ^{me} ha salido bien y ojalá así sea!, puesto que me va en ello nada menos que el prestigio de mi propio cuerpo, manso y leal camarada de toda una vida.

Mi agradecimiento a Nilita Vientós, a Nilda González, a la Junta de Consejeros del Teatro Experimental del Ateneo, quienes me han otorgado el inmerecido honor de presentar mi obra como la contribución del Ateneo al Tercer Festival de Teatro; mi gratitud a Ricardo Alegría, a Paco Arriví, a Lillian Skerret y a la Junta de Directores de nuestro Instituto de Cultura Puertorriqueña, siempre celosos animadores de nuestro teatro; mi reconocimiento más sincero al señor director de la obra Angel F. Rivera, artista bien enterado de las nuevas técnicas dramáticas, técnico con sensibilidad, laborioso hasta la exhaustación, al grupo envidiable de actrices y actores que componen su elenco y a los auxiliares todos de la producción y el montaje, especialmente al inteligente escenógrafo señor Cataldo.

El tiempo pasa, la vida se torna cada vez más complicada y áspera, pero a la hora de servir, siempre son las mismas personas generosas las que acuden en auxilio nuestro. ¡Como no sentirse conmovido ante tanta magnificencia humana!

Emilio S. Belaval